



A simple vista, y por la mañana, el ejecutivo de izquierdas no se distingue de los demás; al verle ir hacia su trabajo en su deportivo con pintura metalizada, al oírle discutir de negocios con clientes extranjeros y pedir créditos preferenciales a mandíbula batiente, cualquiera le tomaría por un ejecutivo normal. Es al filo de la media tarde cuando, después de volver del trabajo y darse una ducha, se opera la mixtificación; la portera de su casa, que ha visto subir en el ascensor a un joven perfectamente trajeado en sastre de pago, con los calcetines a juego con la corbata, y los gemelos con la insignia de un club de moda, apenas si reconoce al ser que baja las escaleras

EL EJECUTIVO DE IZQUIERDAS

media hora después; embutido en su pelliza afgana, pantalón vaquero gastado, pañuelo de colores al cuello y botines de chulo inglés, el ejecutivo de izquierdas ha asumido su segunda personalidad.

En las noches de plenilunio, la portera ha aplicado el ojo a la cerradura del apartamento, para contemplar la transformación dolorosa del conservador Dr. Jeckill en el nihilista Mr. Hyde; pero en vano: el ritmo del tocadiscos cubrirá los estertores de la metamorfosis y la tapicería de arpillera amortiguará las convulsiones de la transfiguración. El disfraz de hippy abrirá al ejecutivo de

izquierdas, las puertas de esa librería que ha sido atacada ya tres veces, donde se presenta un libro que será retirado de la venta pocos días después; luego presenciará el ensayo de una obra de vanguardia en catalán, y discutirá con el propio autor sobre el pensamiento de Brecht, durante el entreacto. Y acabará su vigilia subversiva en la buhardilla de unos estudiantes, donde se celebra un contubernio político con participación de corresponsales de prensa extranjera, y en donde él levantará más que nadie el dedo acusador, contra la corrupción del sistema, que él conoce "desde dentro". Si consigue destum-

brar a alguna estudiante de Salamanca que asiste al happening, se la llevará al apartamento donde —tras ocultar unos boletines de Bolsa, que asomaban inoportunamente entre los Cuadernos del Ruedo Ibérico—, dejará que el disco de Neruda y el póster del Ché sobre la cama hagan la mitad del trabajo. Después, en ese momento de melancolía que sigue a esas cosas, los dos se acuerdan de Allende, y el ejecutivo de izquierdas se indigna contra el imperialismo del dólar, olvidando momentáneamente que la empresa donde él trabaja está controlada en un 50 por 100 por capital americano.

**EL HIJO DE GUZMAN
EL BUENO**

